

## *HÉRCULES*

Ya había recogido todas las chapas; había pasado todo el sábado desatornillando las retorcidas láminas y apilándolas al lado de la barbacoa. Se sentó en el césped, empezaba a crecer con fuerza, ahora que ya no helaba. Lo peor está hecho, pensó.

Hércules se acercó a él, apoyó las patas delanteras en el pecho de Javier y le lamió la cara.

-Está bien, está bien, déjalo ya, quieto, ahora vamos a salir, si, pero déjame acabar.

Hércules había retrocedido un poco y en cuanto Javier se levantó, ya estaba saltando de nuevo sobre él.

¿Será posible?, quieres dejar de ponerte en medio. Déjame trabajar.

Estaba sudando a pesar de que el mes de marzo aún dejaba sentir su fuerza.

Sonó el teléfono, Javier reconoció la llamada. El abogado, otra vez el abogado, ¿es que no me van a dejar acabar! “Si, si de acuerdo, Carlos, en cuanto sepa algo te aviso, no puedo hacer otra cosa y no entiendo estas prisas” Por fin había colgado.

Tenían que vender la casa, no había otro remedio, mitad para ella y mitad para él, llevaban un año y medio separados y Marta le estaba espoleando a través del abogado. Ella y las niñas vivían en la casa de Madrid y él se quedó en la del pueblo. Ahora a Marta le urgía que vendieran la casa del campo y lo harían, era cuestión de tiempo, pero no era necesario malvenderla, no lo iba a consentir.

La luz del crepúsculo le dio a la casa el color rojizo que tanto le gustaba, de pronto notó el cansancio, le dolían los hombros y los brazos le pesaban. Cogió un cigarrillo y se sentó en los escalones que daban acceso a la puerta de la cocina. Hércules se sentó a su lado, ya era una costumbre, Levantó el brazo y el animal metió la cabeza en el hueco de su axila.

¡Buen perro!, relájate amigo, dijo apretando contra si al animal, hasta que parecieron formar un solo cuerpo. Javier paseó la mirada por los muros de su casa. Estaba situada casi en el centro del pequeño pueblo serrano, era necesario atravesar un pasillo de tierra flanqueado por otras fincas, para llegar al portón de entrada, esto le confería intimidad, como si estuviera camuflada y a la vez a tan solo dos minutos de la plaza. El pequeño pueblo estaba creciendo, Lo estaban dejando muy bien, lleno de tiendecillas con encanto, casas rurales de reciente construcción y restaurantes en los que los fines de semana había que reservar mesa.

Oyó a lo lejos voces de niños jugando y riendo. Le pareció estar viendo a sus hijas corriendo por el jardín y a la madre llamándolos a los tres. ¿Es que nadie quiere cenar? ¡Ah, su mujer!, tenía las mejillas arrojadas por el calor de la cocina, unas gotas de sudor resbalaban por su cara, aún así, natural, sin adornos era bella, ¡joder, seré imbecil!, ¿es posible que aún la quiera?

En los veranos cenaban en una mesa de forja al abrigo de la vieja parra, la recordó cargada de racimos, al lado de ella, en cuanto empezaba el calor montaban la piscina, si se le podía llamar así. La habían comprado en el súper nuevo que abrieron al lado de la carretera. “No se preocupen señores”, les había dicho la dependienta, es muy

resistente, Marta y él se habían mirado con complicidad, no sabía como eran sus hijas, de eso hacía ya muchos años...

Ahora estaba vacía, rota y cubierta por unos plásticos.

Hércules se movió y presionó su cabezota contra el brazo de Javier. El perro era una mezcla de pastor alemán y mastín, tenía una gran envergadura. Hércules se levantó y pasó su lomo por la espalda de Javier, desplazándole un poco. Ya, ya vamos, vaya fuerza, ¡con lo abuelo que eres, amigo!

Javier preparó el coche para acomodar al perro. Era un monovolumen de cinco puertas, lo habían comprado hacia cinco años sobre todo por Hércules. Corría hacia atrás la bandeja trasera y quedaba hueco suficiente para el perro fuera cómodamente.

Vamos al coche, sube... Antes subía de un salto, ahora casi siempre necesitaba ayuda, le fallaban las patas traseras. “Así, así, estás hecho un campeón” -dijo palmeándole el lomo.

Vio a su vecina y la saludó con gesto rápido, ella le abordó:

-Hola, ¿Cómo estáis, está mejor Hércules?

-¡Oh si, claro! -casi no recordaba lo que había tenido el perro.

Raquel metiendo la mano en el coche acarició a Hércules, que enseguida se alzó de patas en ella chupándole la cara. Vivía al lado, justo donde terminaba el pasillo que accedía a su casa, Sus hijas habían jugado con el hijo que ella tenía, un muchacho larguirucho y poco sociable, aunque nunca habían tenido una gran amistad.

-Entonces, ¿ya está bien?

-Claro... mujer, las garrapatas no matan a nadie, muchas gracias.

-Y... ¿Qué tal va todo?- preguntó Raquel.

-Vamos a poner la casa en venta.

-Oh, lo siento, pensé que quizá... os arreglarais, ya sabes...

-Ya... ya gracias, no es fácil, dijo cerrando la puerta trasera del coche, yo también lo siento...

-Si puedo ayudar en algo... ya sabes, ¿cómo está Marta... y las niñas?

-Bajando la cabeza, le dijo: “Supongo que bien, me refiero a Marta, solo sé de ella por las niñas”

El viento sopló agitando las copas de los árboles, iba y venía llevándose la calida brisa que había acompañado la tarde.

Oyó que Raquel le seguía hablando y se esforzó por acabar aquella conversación.

-Gracias Raquel, hemos encargado la venta a la agencia de la plaza, te dejo mi número por si algo pasara.

-No te preocupes, estaremos en contacto y saluda a... las chicas

Hércules ladraba nervioso.

-Ya vamos muchacho.

Llevó el coche por el sendero que daba al riachuelo, éste discurría por el medio de un bosque de pinos y algunos acebos, había hecho ese mismo camino tantas veces, Aparcó y abrió la puerta trasera del coche, Hércules salió disparado siempre hacia igual, al rato volvía se le subía al pecho y corría de nuevo atento a cualquier señal oculta, levantaba las orejas inmóvil y emprendía de nuevo la carrera. “Pobre, ya te queda poco”, pensó. Había hablado con el veterinario, un perro tan mayor era difícil de acoplar. “Lo podemos intentar”-le había dicho- “hay un albergue aquí cerca, quizá le interese a alguien, es cariñoso”...

-No, será mejor que no.

Luego pensó que le había contestado con dureza. ¿Es que acaso cree que no se lo que pasa en esos albergues? Si fuera un perro pequeño y joven, es posible que alguien se encaprichara de él. Hércules llegó corriendo de nuevo, se sentó a su lado, temblaba, ¡estás viejo amigo!, pero no has tenido mala vida, bribón, diez años ya. Recordó cuando se lo habían dado era un precioso cachorro, ya muy grande. No habría más remedio, tendría que sacrificarle, eso aunque duro era mejor fin para él que acabar vendido para peleas o cualquiera sabe... El perro le lamió la cara llevándose las lágrimas que no había podido retener.

Casi había oscurecido, los árboles empezaron a parecer fantasmas, levantó la vista hacía las montañas, allí estaba “La Maliciosa”, majestuosa, todavía la nieve blanqueaba parcialmente su cumbre, se quedó mirándola hasta verla desaparecer, primero el color grisáceo suavizando los contornos después el gris se hizo más denso, hasta confundirse con la negrura del cielo.

El teléfono sonó de nuevo:

-Hola Nieves, sí, estoy en el pueblo; no..., creo que hoy me voy a quedar aquí, se ha hecho tarde y todavía tengo cosas que hacer; de acuerdo, mañana nos vemos.

Nieves nunca le pedía nada, estaba ahí y nada más; ¿estaría siendo justo con ella?

Llevaba bien sus cuarenta y pico, morena de anchas caderas, a pesar de su sonrisa fácil, era introvertida. Trabajaban en la misma empresa y cuando él estuvo tan hundido, ella se dio cuenta, a pesar de que él lo había ocultado; sonrió pensando que no resultaba agradable contar que tu mujer te la pega. Se veían al salir del trabajo, charlaban y sin saber como, le había contado todo. Una de esas tardes ella le ofreció tomar un café en su casa. El pequeño apartamento estaba en el centro de Madrid, en la calle San Bernardo. Se la había enseñado con orgullo, estaba pagando un crédito y le gustaba llevar allí a sus amigos. Javier desde ese día se hizo asiduo, incluso le había dado una llave. Pensó en lo amable y generosa que era. Le contaba viajes exóticos que había hecho o pensaba hacer, no le hostigaba y no sabía como se las apañaba para hacerle sentir como si su casa, fuera también la suya. A veces pensaba si eso sería amor o solamente huían de su soledad.

Se dio cuenta de lo tarde que era porque no distinguía nada de lo que tenía alrededor, la pequeña media luna, estaba parcialmente cubierta por una nube.

Silbó llamando a Hércules que apareció brioso y jadeante.

Lo ayudó a subir al coche y enseguida se acurrucó en el suelo, estaba exhausto. Condujo con cuidado hasta la casa. Al abrir el portón los faros del coche iluminaron la pila de chapas que él había amontonado, durante todo el día. Todavía no se podía explicar como podía haber pasado, el viento había destrozado la caseta que años atrás

habían instalado en el fondo del jardín. Allí guardaban las bicis, el corta césped, herramientas y casi todo lo que no cabía en casa. Siempre pensaron que era muy sólida. Se había encontrado aquel mecano de hierros retorcidos dos semanas atrás. Pensó que era como si un tornado la hubiera levantado en el aire, volteado salvajemente y estrellado contra el suelo con fuerza; es curioso, lo mismo que yo sentí ese día... aquella mañana. ¡Dios, hacía mas de un año!, pero seguía fresco en la memoria.

Aquel día había salido temprano de casa, con prisas, el atasco hizo el resto. Perdió el vuelo a Cantabria. “No hay otro hasta la tarde” -le dijo la azafata de Iberia.

Javier era comercial en una empresa de ascensores, su misión era vender elevadores. Concertaba citas con los responsables de los edificios en construcción y les intentaba hacer ver las ventajas de comprar los de su marca.

Lo pensó y lo hizo: llamó a la empresa, dijo que estaba enfermo y volvió a casa. Al entrar oyó ruido llamó a Marta, aunque sabía que ella no podía estar en casa, era administrativa en una empresa conservera y salía de casa todos los días medía hora después que él. Los ruidos le llevaron al dormitorio. Lo primero que vio fue a un desconocido tratando de vestirse.

-Pero, ¿quién es este fulano?

El individuo salió de la habitación a medio vestir y se quedó solo con Marta, nunca olvidaría ese momento; allí estaba ella, en la cama, tan desnuda su alma como su cuerpo, tapándose como podía con la sabana. Javier salió de allí tambaleándose, sentía rabia y mucho dolor. Había pasado mucho tiempo o poco según se mirase. Después ella le había llamado insistentemente. “Tenemos que vernos, tenemos que hablar”. Aún fue peor cuando trató de explicarse.

-Lo siento Javier, te lo iba a decir, lo juro. Es un compañero del trabajo; nos hemos enamorado, he intentado no pensar en él, acabar con esta historia, pero no hemos podido... lo siento...siento mucho que te enteraras así.

Javier, después de la rabia no podía dejar de pensar en qué le habría fallado a Marta.

Hércules empezó a ladrar y a modo de contestación los perros cercanos comenzaron su concierto perruno.

Marta y él no habían vuelto a hablar cara a cara, todo a través del abogado común.

Veía a sus hijas siempre que podía, ¡Cuánto habían crecido!, diecisiete y trece años. Siguió pensando en la afinidad que tenía con Patricia, su hija mayor, y en Lorena la pequeña...cada día se parecía más a su madre; tan coqueta, tan caprichosa, pero la adoraba.

Estaba llenando el cubo con el agua para Hércules, cuando de nuevo sonó el teléfono. Lo cogió con desgana, pensando que era tarde ya para llamadas. La voz de Patricia le llegó lejana, entrecortada.

-Papá, mamá está muy mala.

-¿Qué ha pasado?, notó su corazón como una maquina acelerada, dispuesta a hacer más ruido que su propia voz.

-Papa, ella está en el hospital... tiene un tumor... en el hígado...Le están dando quimio. Dicen que no me preocupe, pero yo se que está muy mal.

Hubo un silencio, Patricia lloraba.

-¿Papá me oyes?

-Si hija.

-Mamá me ha hecho prometer que no te diría nada...

-¿Estáis solas cariño?

-No estamos con la tía Paula, pero yo necesitaba contártelo.

-Has hecho bien hija, le dijo. No sabía como hacerle a su hija, la pregunta que tenía en la cabeza:

-Hija... ¿Tú madre... está sola?

-No papa, Agus está con ella, oyó llorar a su hija de nuevo.

-No os mováis de casa, dijo sintiéndose estúpido. No tardaré en llegar, salgo ahora mismo.

Oh, Marta... un tumor en el hígado, había dicho su hija. Los escasos cuarenta km. se le hicieron eternos. Se entretuvo pensando en que las chicas no estaban solas, Paula la hermana de Marta estaba con ellas, era un poco más joven que su mujer y no se había casado. Las dos hermanas estaban muy unidas. Al poco de separarse, su cuñada le había llamado: solo quería saber como estaba y ofrecerle su ayuda. En ese momento él no pudo apreciar su gesto, estaba furioso, lo que menos deseaba es que le tuvieran lástima.

Era cerca de medianoche, había poco tráfico, las calles estaban vacías y solo algunas luces permanecían encendidas en las casas. Divisó la ancha calle arbolada, siempre le gustó este barrio, aunque Moratalaz se había extendido mucho, seguía conservando ese aire señorial. Por fin llegaba, había luz en la sala, el doble balcón estaba cerrado y la persiana casi totalmente echada, pero a través de las ranuras se filtraba la luz.

Llamó sintiendo de nuevo los nervios en tensión.

-Soy yo... abre Paula.

Cuando llegó arriba la puerta estaba abierta y sus hijas estaban esperándole en el rellano.

-Papá, papá.

Se abrazaron a él llorando. Entraron; Javier se sentó en el sofá con cada una de sus hijas a un lado, se habían calmado un poco. Paula hizo café.

-¿Hace mucho que lo sabéis?, preguntó a su cuñada.

-Hace tres meses, fue un control rutinario, el análisis dio valores altos en transaminasas, le pidieron un eco y la radióloga se asustó al ver el tamaño del tumor.

Las niñas se habían dormido casi al momento de sentarse a su lado.

Luego pruebas y más pruebas, prosiguió su cuñada; le han empezado a dar quimio para tratar de hacer más pequeño el tumor. Esta tarde Agus nos llamó preocupado, había sufrido un desvanecimiento, al ponérsela y tenía que quedarse... parece que ahora está bien.

Javier durmió en la cama de matrimonio, sus hijas no quisieron separarse de él, cada una a un lado.

Javier no podía dormir, sentía una mezcla de nostalgia, incertidumbre y pena, mucha pena. No podía dejar de pensar en Marta, se la imaginaba en el hospital, tendida en la cama, pálida y frágil, con sus hermosos ojos dilatados por el miedo. El odio y la rabia que aun le quedaban, se esfumaron; pero, ¿por qué no le había dicho nada? Parecía que ella nunca quería decirle nada de lo que le pasaba. Luego pensó en su rival, Agus. Sus hijas le habían dicho que era simpático. Intentó ponerse en la piel de ese hombre. Se le imaginó serio, con los ojos cansados, un hombre destrozado. ¿Estaba sintiendo pena de él? Por un momento la situación le pareció tan irreal, que necesitó abrazar a sus hijas. Ellas sí eran reales, le necesitaban, necesitaban seguridad.

Se dio cuenta de que estaba amaneciendo, sin hacer ruido se vistió y salió a la calle. Respirar el aire limpio le revitalizaba. Aun era muy temprano, la solitaria calle le trajo a la memoria otras mañanas de domingo. Salía sigilosamente con Hércules, le encantaban esas horas que no parecían de nadie, donde los sueños y la realidad se confunden.

Subió al coche sin pensarlo, iría a su casa, necesitaba estar solo, o estar solo con Hércules.

Mañana mismo iría a la agencia inmobiliaria, el encargado era un hombre afable; le diría que era muy urgente vender la casa, en cuanto alguien estuviera interesado, debía llamarle, ya no era cuestión de sacar el máximo posible, después... tendría que llamar al veterinario...

Al llegar al pueblo, Hércules, le obsequió con la bienvenida de siempre, saltando sobre él alegremente, después cogió el collar con la boca y se lo presentó con ojos implorantes.

Ah, que prácticos y poco complicados, son los animales, pensó Javier.

Sintió un súbito cariño hacia su fiel amigo, se arrodilló en el suelo dejando que el animal lamiera su cara todo el tiempo que quiso, sin las protestas de otras veces.

*Carmen Soteres, marzo 2007*